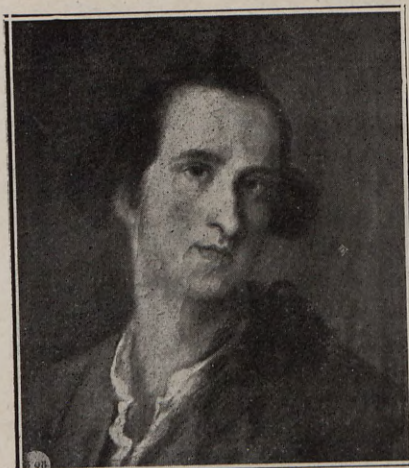


Epistolario Artístico Valenciano (*)

D. MARIANO SALVADOR DE MAELLA (1)



156.—AUTORRETRATO DE MAELLA
(Academia de San Fernando, Madrid)

«Madrid y Marzo 2 de 1815.—Sr. D. Vicente Vergara.—Muy Sr. mio: Con motivo de averse empeñado mi estimado discípulo D. Vicente Lopez remitir a esa Academia alguna cosa pintada de mi mano y no teniendo alguna obrita concluida e pensado remitir el Boroncito y cascaron del techo que tengo pintado en este Palacio nuevo de Madrid que representa la Apoteosis de Adriano.

Mucho me alegrare sea del agrado de esos señores y en tanto que el tiempo me da lugar para hacer algo que sea de mas consideracion, disimularan las faltas que se noten.

Mande V. m. y me alegro tener esta ocasion para ofrecirme a sus ordenes. Mande V. m. y entanto quedo rogando a Dios por V. m. muchos años. B. L. M. de V. m. su servidor *Mariano Salvador de Maella*».

EL MARQUÉS DE MOLÍNS (2)

«Roma 12 de Noviembre de 1885.—Sr. D. José Benlliure.—Amigo mío: hace un año poco más o menos, que los muchos aficionados a las artes que estamos en Roma y singularmente los españoles visitábamos un estudio de la vía Marguta a ver un lienzo, quizá el más realista y el más horroroso que hasta hoy haya producido la escuela moderna, obra de un compatriota nuestro nacido allá en el Extremo Oriente. Poco después acudía toda Roma al Palacio de la Exposición en la vía Nazionale a contemplar cómo aquel artista de otra raza, el primero quizá, juzgaba y reproducía con severo pincel escenas de una sociedad que había brillado, decaído y muerto siglos antes que su estirpe viniese a formar parte de la civilización cristiana. Y poco después Madrid, la capital católica de la católica España, admiraba y premiaba justamente el sangriento y mágico lienzo de Luna, *El Expoliario*.

En una de las galerías inferiores del Anfiteatro Flavio nombrados servidores del circo arrastran con garfios de hierro los sangrientos cadáveres de los Gladiadores para despojarlos de sus armaduras y brazaletes ni más ni menos que los carniceros de nuestras plazas de Toros arrastran la res para desollarla: turba de curiosos baja a buscar al conocido, quién para ver al atleta por el cual se interesaba durante la lucha, quién en fin, por mera e insana curiosidad de contar las heridas y examinar de cerca las contraídas facciones; bien así como la chusma que no ha tenido la suerte de penetrar en el tendido, se agolpa a contar los garrochazos que recibió la res o examinar, según Jovellanos, la maestría con que el diestro hiere en la cruz al toro jarameño.

(*) Véanse los números correspondientes a 1915, 1916 y 1917.

(1) Pintor valenciano. Nació en 1739. Estudió en Roma, y regresado a España fué nombrado Pintor de Cámara y Académico de San Fernando. Falleció en Madrid en 1818. El boceto a que se refiere consérvase en el Museo de Valencia. También existe el gran lienzo *Muerte del Beato Gaspar Bono*.

(2) D. Mariano Roca de Togores, distinguido literato, gran aficionado a las artes y embajador de España en el Vaticano. Falleció en 4 de Septiembre de 1889.

Sin embargo, allá en el rincón derecho del lienzo, el más oscuro y menos acabado, hay, por decirlo así moralmente, un golpe luminoso, una nota paletina sublime, edificante. Una joven tan envuelta en las vestiduras y en la obscuridad, que apenas se advierte su belleza, busca llorando el cadáver quizá de su padre, de su hermano, de su esposo, de su amante... no ya destrozado en la lucha, sino inmolado a la barbarie gentilica: llora la infeliz la pérdida de su amado, busca la creyente las reliquias de un mártir, es una cristiana huérfana hoy, mártir también mañana.

Usted, amigo Benlliure, ha adivinado ese mañana, ha escrito el desenlace de aquella pavorosa tragedia, acuñando en metal más precioso que el oro el reverso de aquella veneranda medalla; más aún sacando a luz el abundante y maravilloso fruto de aquella fecunda y santa semilla con tanta sangre regada.



157.—JOSÉ BENLLIURE
LA VISIÓN DEL COLOSEO, obra de 1885
(Museo de Valencia)

La escena que usted pinta acontece también en el Coloseo, pero no en las oscuras profundidades en que fué sembrado el grano de la fe y que Luna ha iluminado con su vigoroso pincel (1), sino al aire libre, en todo el esplendor y grandeza del colosal edificio.

No aparece éste resguardado de los rayos del sol por el velo de púrpura, ni ocupa su tribuna el César, ni se apiñan en sus gradas los orgullosos Guiriles, los lisonjeros Senadores, las Cortesanas impúdicas y las Vestales árbitras de la vida y la muerte. No; sus gigantescas masas están desiertas y como destrozadas.

Destrozadas sí, tanto como estuvieron los cuerpos de los Mártires. Los bárbaros

(1) *Las Catacumbas.*—(N. de la R.)

del Norte vinieron como leones a despedazar al gigante y aquellas bravas generaciones y las que siguieron en pos de ellas arrancaron sus piedras para construir sus fortalezas, sus palacios, sus altares, sus templos.

Todavía, sin embargo, se ven en parte alzadas unas sobre otras sus bellas galerías y sus espaciosas gradas y el pincel les ha dado la magia de que su soledad y abandono les ha privado.

Allá abajo la luna ilumina con pálido y melancólico resplandor la arena no ensangrentada ya, en la cual el *Vía crucis* y los devotos grupos sustituyen a los furiosos luchadores y a los Santos Mártires.

No están éstos ausentes, sin embargo; no, que aparecen suspensos en medio del espacio y en el aire se elevan sus gloriosos cuerpos, como se eleva sin esfuerzo el espíritu a la contemplación inefable de Dios.

Un monje, un eremita, acaudilla aquellas legiones de bienaventurados; en su diestra una tosca cruz de fulgurante y sobrenatural resplandor, parece que a todos los llama, los guía, los alienta, y sobre todo los ilumina.

¿Quién es este Anacoreta? Habrá quien suponga que es Pedro el Ermitaño, el cual, allá a fines del siglo once, vino con ardientes palabras a convencer de la necesidad de la cruzada al Papa Urbano II, mientras éste se paseaba en los pórticos del Coloseo, refugiado allí, como en ciudadela fuertísima, de las facciones que ensangrentaban a Roma.

No andará completamente descaminado quien tal piense; porque en verdad la postura enérgica, el ademán de mando, el gesto un tanto marcial, la cruz que ostenta, convendrían al promotor de las Cruzadas; pero a Pedro el Ermitaño no se le puede representar capitaneando la multitud de confesores, de penitentes, que por decirlo así, santamente envidiosos de los Mártires, han sido martirizadores de su propia carne; ni cuadra al Guía de los ejércitos cruzados presidir y encaminar al blanco y extenso ejército de vírgenes que en continua batalla con sus propios sentidos y vencedoras de sus humanas pasiones, siguen por doquiera en larga y vaporosa fila al Cordero inmaculado.

El personaje principal es un bienaventurado poco conocido aún de la gente devota y que sin embargo sella con su sangre la serie de los Mártires del Coloseo y sirve de intermedio entre los Confesores que fueron víctima de la depravada persecución de los tiranos Gentiles y aquellos otros que voluntariamente se martirizan y son perseguidos por las risas y las injurias de las muchedumbres cristianas.

Es éste un San Telémaco del cual apenas se sabe otra cosa que su muerte: para comprenderla, hay que decir algunas, aunque pocas palabras, sobre ese verdaderamente colosal edificio en que cabían cien mil espectadores y en cuya arena combatían y morían a millares hombres y alimañas.

Sin contar los tiempos de Tito en que perecieron cinco mil fieras; los de Domiciano que organizó batallones y escuadrones de gladiadores; de nuestro español Trajano que dispuso unas fiestas en que perecieron más de 10.000 gladiadores y que dió por pasto a los leones al anciano Obispo San Ignacio, traído para ello expresamente de Antioquía..., basta recordar a Filipo el Africano que en la decadencia del Imperio celebra fiestas en que mueren treinta y dos elefantes, diez tigres, cuarenta leones, un hipopótamo y lo que es más 4.000 gladiadores.

En vano Constantino, alumbrado ya por la luz evangélica, prohíbe aquellos bárbaros espectáculos; en vano los padres de la Iglesia anatematizan tales crueldades; y nuestro gran poeta Prudencio pedía a Honorio que la muerte cesase de ser un espectáculo y el homicidio un arte.

La multitud es siempre la misma y los que aplauden entonces las luchas de los gladiadores y la ferocidad de los tigres, hoy gozan viendo dar garrote o madrugan por presenciar la guillotina. Y aun tiempo para mí, amigo Benlliure, que si algún filósofo u economista humanitario saliese a la plaza de Toros a pronunciar un discurso, semejante a los que sobre el asunto se improvisan en ateneos y academias no lo había de pasar el tal filántropo mejor que el mártir San Telémaco, de quien hablamos y que usted ha inmortalizado en su lienzo.

En efecto, cuando el pueblo romano celebraba a principios de 404 el sexto Consulado del Emperador Honorio y cuando con tan fausto motivo muchos combatientes habían ya regado con su sangre la arena, salta de repente en medio de aquellos furiosos un monje, se interpone entre los combatientes, les intima la paz y desvía las espadas, las graelas, las tribunas se alborotan, lo colman de imprecaciones, arrancan piedras de sus asientos y las lanzan certeras contra el Apóstol de

paz, aciértanle algunas y le derriban al suelo rematándolo con sus espadas los mismos combatientes a quienes había tratado de apaciguar.

Este es el último de los mártires del Coloseo, en donde por Decreto de Honorio no volvieron a ofrecerse semejantes espectáculos.

San Telémaco, pues que no por violencia de tirano alguno, sino por propia voluntad; no por confesar su fe, sino por poner en práctica su caridad, cayó inmolido en la misma arena que tantos mártires y despedazado como San Ignacio por leones más feroces, aunque racionales, merece bien, amigo mío, el puesto que usted le señala; medianero entre los mártires y los penitentes bien puede convocarlos y bien puede su milagroso pincel ordenarlos en apiñados grupos. Ahí veo en larguísima fila como de blancas palomas a las vestales del Cristianismo que guardan inextinguible en su pecho el fuego del amor divino.

Junto a ellas los tiernezuelos niños derramando flores, que son como ellos producto y gala de la primavera y esparcen el suave aroma de celestial inocencia. Allí los anacoretas que se condenan a perpetua pobreza y hambre y sed inextinguible. Allí los penitentes que destrozán sus desnudas carnes con fieros azotes; llevan unos y otros en las manos sendas antorchas cuya viva y rojiza llama contrastan con la pálida luz de la luna y con el milagroso resplandor de la cruz; y a propósito de cruz me doy por contento de ver en el grupo de bienaventurados a uno que lleva al pecho la roja insignia del patrón de España.

No le preguntaré yo a usted, amigo mío, si aquel celeste triunfador es uno de los que cayeron en la terrible jornada de Uclés, o de los que lucharon en las Navas atajando la invasión agarena o de los que plantaron en la Torre de la Vela el pendón de Santiago, o de los que en Lepanto pusieron dique a la venida de los otomanos, o en fin de los que vieron en Otumba el Santo Apóstol caballero en un blanco bridón. Dígole a usted sólo que ha hecho bien completando su pensamiento porque la voz del sacrificio que se levanta en el Coloseo, en este momento imperecedero de la feroz decadencia pagana y de la heroica abnegación cristiana, resuena en todos los países, dura en todos los siglos y no es en nuestra patria en donde ha hallado ecos menos elocuentes.

Su cuadro de usted, *La visión del Coloseo*, no es una representación histórica, ni mucho menos una ficción artística; es sin duda una grande enseñanza moral, como son todas las visiones bíblicas; como la visión de los sueños de José; como la visión del campo de Ezequiel, como todas las visiones de los sagrados libros.

Y la enseñanza moral en un principio, es esta: que el paganismo con su inmenso poder, con su mundial extensión, con sus maravillosas obras de arte, hasta con su desmedida crueldad, es el terreno providencialmente labrado para sembrar el grano de Cristianismo: y que en éste alcanza y merece moral e históricamente tanto como el valor del mártir la resignación dulce del creyente.

Con esto, amigo Benlliure, pongo fin a mi larguísima carta; sintiendo que mi pluma no tenga el fuego y la presteza que su pincel... y deseando y preveyendo que el público sea tan afecto a su cuadro como yo lo soy y tan amigo del lienzo como lo es del artista su muy apasionado admirador, *El Marqués de Mollins*.